

Expresión de la opinión de la Cámara sobre el clima y nuestra vocación en Cristo

Dios es la fuente de toda la creación, y nosotros, la humanidad -hecha a imagen de Dios-, hemos recibido el don de la vida y la responsabilidad de cuidar la creación. Dependemos de la creación de Dios para mantener nuestra vida en común y, al servir como buenos administradores de la creación, reflejamos el eterno amor de Dios por todo lo que ha sido creado. Al cuidar nuestra tierra, devolvemos nuestro amor a Dios. Esta es nuestra primera vocación, explicitada en el primer capítulo del primer libro de la Biblia: junto a Dios, junto a los demás, cuidamos el mundo de Dios.

Sólo somos plenamente humanos y estamos plenamente vivos cuando nos relacionamos correctamente con todo el orden creado. Separados de los demás y de la naturaleza, no somos nosotros mismos en su totalidad. No es de extrañar que una vez que Adán y Eva se rindieron a la tentación y trataron de apoderarse del conocimiento divino, de idolatrar y centrar el yo por encima de todo lo demás, toda la creación comenzó a sufrir, y la humanidad junto con ella. El pecado fluyó en el distanciamiento, el exilio y, finalmente, la violencia y la muerte.

Este antiguo patrón de separación y pecado es el nuestro hoy. Ansiamos y acaparamos lo que no necesitamos. Tomamos y agarramos lo que no nos pertenece. Agobiamos y dominamos lo que debía ser libre. Como resultado, el planeta y nuestros vecinos más vulnerables sufren. Esto se debe a nuestra incapacidad, como seres humanos, de vivir como las personas hechas a imagen y semejanza de Dios, cargando con la sagrada responsabilidad que se nos ha confiado.

El cambio climático y la degradación del medio ambiente son manifestaciones de nuestro alejamiento de Dios. Los efectos de esta separación voluntaria de Dios resuenan en toda nuestra vida colectiva: Todos los ámbitos de la justicia empeoran o mejoran en función de la salud del planeta. Un clima cambiante y un medio ambiente degradado empeoran los conflictos, obligan a la migración humana y provocan inseguridad alimentaria. Estas crisis conexas aumentan el índice de violencia armada, provocan más desastres naturales y crisis humanitarias, y ahondan las heridas de quienes ya sufren el racismo. Las personas que viven en la pobreza se hunden aún más en ella por el deterioro del planeta.

Como personas de fe, no estamos sin esperanza, pero la sostenibilidad de la creación de Dios exige nuestra acción. Enfrentarse al cambio climático y a la degradación del medio ambiente nunca ha sido tan urgente. Como miembros de la Iglesia Episcopal, nos hemos comprometido en el bautismo a resistir el mal, buscar la voluntad de Dios, tratar a todas las personas con dignidad y luchar por la justicia y la paz. Viviendo estas promesas, debemos afrontar la crisis climática por amor a Dios y al prójimo:

Si esperamos tratar a todos los seres humanos con dignidad, debemos abordar el cambio climático para que las sequías, las inundaciones y los fenómenos meteorológicos extremos no obliguen a las personas a exiliarse y a emigrar de forma desesperada y con peligro de muerte.

Si esperamos construir la paz, debemos abordar el cambio climático para que la competencia por los escasos recursos no impulse más violencia.

Si esperamos garantizar que todos los hijos de Dios tengan suficiente comida, debemos abordar el cambio climático para que nuestra generosa tierra pueda seguir apoyando y sosteniendo sistemas alimentarios que nutran a las personas y a la tierra.

Somos un pueblo de esperanza. ¿Dónde encontramos la esperanza que sostiene, que disipa el miedo,

que nos da el valor de amar y perseverar? Encontramos la esperanza en el poder y la realidad de la Resurrección. Después de enterrar a Jesús, en la oscuridad antes del amanecer, María estaba desesperada y sin esperanza. Pero cuando fue arrastrada desde la tumba hasta el jardín, se encontró con el Cristo vivo. El luto de María se convirtió en una brillante esperanza de resurrección. Desde el jardín, corrió a proclamar la buena noticia a los confundidos y aterrorizados seguidores de Jesús.

Y así es para muchos de nosotros hoy. Nosotros, los fieles de Dios, estamos llamados a compartir la esperanza que potenciará el cambio. Muchos del pueblo de Dios-especialmente nuestros hijos- están desesperados al observar los aterradores cambios en nuestra narrativa medioambiental. Cristo resucitado sigue enviándonos a proclamar el Evangelio a toda la Creación (Marcos 16:15). Como María, salimos hacia todos proclamando el amor de Dios con hechos y palabras. Es nuestra labor liderar el cambio, modelar la buena administración y avanzar con valor y propósito.

Ya estamos trabajando para difundir la esperanza y lograr el cambio: Estamos creando "Jardines de la Buena Nueva"; instalando paneles solares en las propiedades de las iglesias; organizando programas de transición para los mineros del carbón que necesitan ayuda para adaptarse a una economía cambiante; limpiando puntos calientes tóxicos, como el Mar Salton en el sur de California; ayudando a eliminar el terror de la inseguridad alimentaria; reservando tierras para la restauración de ecosistemas dañados; plantar árboles, manglares y pastos de pradera; abogar por el cambio de políticas; transformar fundamentalmente nuestro modo de vida de uno centrado en el yo a uno centrado en el florecimiento de toda la creación - de estas maneras y muchas más, podemos seguir la llamada de Jesús a "predicar la buena noticia a la creación". (Marcos 16: 15) De estas maneras y muchas más, abrazamos la vocación original que Dios nos dio, para cuidar juntos del mundo que Dios hizo.

Querido Dios, creador de la tierra, este hogar sagrado que compartimos;

Danos nuevos ojos para ver la belleza que nos rodea y para proteger las maravillas de la creación.

Danos nuevos brazos para abrazar a los extraños entre nosotros y conocerlos como familia.

Danos nuevos oídos para escuchar y comprender a los que viven de la tierra y el mar, y para escuchar y comprender a los que extraen sus recursos.

Danos nuevos corazones para reconocer la ruptura en nuestras comunidades y para curar las heridas que hemos infligido.

Danos nuevas manos para servir a la tierra y a su gente y para dar forma a la querida comunidad.

Porque tú eres el que busca a los perdidos, cura nuestras heridas y nos libera,

Y es en el nombre de Jesús el Cristo que oramos. Amén.

(oración de la reunión de 2019 de la Cámara de Obispos, Fairbanks, Alaska)